

LA INTERPRETACION

El sábado 24 de noviembre de 2007, se realizó en la sede de la Escuela Freudiana de la Argentina una actividad llamada *La interpretación*. La misma se encuadró en el marco de Convergencia, Movimiento Lacaniano por el Psicoanálisis Freudiano dentro de una serie de paneles reunidos bajo el nombre de *Cuestiones Cruciales del Psicoanálisis 2007*.

Su convocatoria llevaba el siguiente texto, que reproducimos a continuación:

“El tema elegido como cuestión crucial para esta reunión es la interpretación en el análisis. Quizás no se trata de encontrar una estricta y excluyente definición sino, más bien, señalar, encontrar, cernir las diferencias que pueden existir entre la interpretación y otros modos de intervención del analista. Hay, además y en particular, una pregunta que aunque obvia no debe dejar de hacerse: ¿Qué relación hay entre la interpretación y el acto analítico? Es en relación a estas dos orientaciones propuestas que invitamos a hablar y a discutir acerca de la interpretación.”

Las cuatro presentaciones que a continuación reproducimos, contaron con la coordinación de Noemí Sirota, psicoanalista, miembro de la Escuela Freudiana de la Argentina.

Noemí Sirota: Buenos días. Ante todo, bienvenidos a nuestra casa. Vamos a comenzar con la última reunión del ciclo que se desarrolla bajo el título *Cuestiones Cruciales del Psicoanálisis*. Esta es –decía– la última reunión, el próximo ciclo va a desarrollarse bajo el título “La Transferencia en la Experiencia del Psicoanálisis”. El tema que elegimos para hoy es *La Interpretación*, como cuestión crucial pero con la particularidad del argumento que la Secretaría de Relaciones Institucionales ha elaborado: la interpretación es nuestro tema pero quizás, no se trata de encontrar una estricta y excluyente definición, sino de señalar o ceñir las diferencias que pueden existir entre la interpretación y otros modos de intervención del analista. Hay además y en particular una pregunta, que aunque obvia no debe dejar de hacerse: ¿Qué relación hay entre la interpretación y el acto analítico?

Les presento a nuestros invitados: Verónica Cohen, psicoanalista, A. M. E. de la Escuela Freudiana de la Argentina, miembro del directorio, co-fundadora de la Fundación del Campo Lacaniano; Norberto Ferreyra, psicoanalista, A. M. E. de la Escuela Freudiana de la Argentina, miembro del directorio, co-fundador de la Fundación del Campo Lacaniano y Presidente del Consejo de la Fundación del Campo Lacaniano; Roberto Harari, psicoanalista, miembro fundador y ex-presidente de Mayéutica Institución Psicoanalítica, en este momento designado M. A. de la misma institución; y Eva Lerner, psicoanalista, A. M. E. de la Escuela Freudiana de Buenos Aires, y ex-presidenta de esta misma Escuela.

Verónica Cohen: En primer término, quiero agradecer a la Escuela que me haya designado para poder reflexionar sobre este tema

tan importante para los que practicamos el psicoanálisis.

Voy a comenzar con un chiste sobre algo que escuché recién y se me ocurrió que era una buena interpretación: alguien lee en el programa: “Es a las nueve y media”, y dice: “Ah, es a las diez”. ¡Eso me parece una interpretación! (*risas*).

Intervención: Y son las diez y cuarto... (*risas*).

V.C.: Estas reuniones de Convergencia *Cuestiones Cruciales del Psicoanálisis*, ponen en acto justamente una afirmación de Lacan que está en el Escrito “La Ciencia y la Verdad” y en la primera clase del Seminario *El Objeto del Psicoanálisis*, donde diferencia al psicoanálisis de la ciencia y del saber referencial de las teorías, por la posibilidad de poner en entredicho –lo dice así la traducción–, es interesante porque este ponerse en entredicho pone en primer plano que se trata del decir y es a la vez criticarse; es una división entre decir y dichos, y leer en los dichos. Es una característica fundamental del psicoanálisis ese poder volverse a leer –poder leer en los dichos–, y diferencia de lo que es progreso en la ciencia de producción en el discurso. Ahí hay una cuestión clave, que se trata de la producción en el discurso y de cada vez hacer un nuevo trayecto en el discurso, que deja caer alguna cuestión y produce algo nuevo. Ese es el modo en que producimos en psicoanálisis. Volver a leer los propios dichos del psicoanálisis, volver a leer el decir, las vueltas dichas. Eso también es como entiendo que funciona la experiencia del análisis, tiene esa condición de la necesidad de discurso que produce nueva necesidad de discurso, y un nuevo trayecto.

Voy a abordar el tema primero con dos cuestiones, voy a ir aproximando a qué es una interpretación; lo voy a abordar a partir de lo que nos enseña la experiencia del análisis y de la transferencia como puesta en acto necesaria de la realidad sexual del inconsciente. La primera cuestión implicaría la interpretación como el modo en que se transmite en acto la experiencia del análisis, el analista debe ser primero el analizado –leemos en *L’Etourdit*–. ¿Por qué? Porque la posición del analista transmite –no enseña; la enseñanza implica saber, pensar– La posición transmite la experiencia; el analizante entra en el discurso en un psicoanálisis. La experiencia del análisis –del analizado primero, del analista que es primero el analizado–, es la experiencia con la propia falta; hace falta. Es la experiencia con el inconsciente y con la posibilidad del pasaje de inconsciente a discurso, con el que se diga, convocatoria a la existencia del sujeto. A partir del decir, de las vueltas dichas, de los laberintos del lenguaje; algo se orienta. La interpretación es en primer término una orientación. La tragedia de haber nacido mortal y sexuado se orienta en un mundo de lenguaje, donde se va convirtiendo en comedia.

En el Seminario *Problemas cruciales para el Psicoanálisis*, leemos: ‘desde el punto de vista de nuestra experiencia –la de la falta–, o sea, se trata de la experiencia de la falta, aquella

que tiene que ver con sexo, saber y sujeto – que es lo que se desarrolla en Problemas cruciales...–; como la experiencia a transmitir. Experiencia que se finge olvidar, como se finge saber en la posición del analista en un psicoanálisis. Vemos que lo que está en primer plano es el decir. Primero, el decir de Freud sobre los dichos del inconsciente y su lógica; su lógica diferente a la lógica dominante, reinante hasta ese momento.

La interpretación no es a partir de ninguna maestría; ningún saber adquirido en la teoría, sino a partir de ese pasaje de inconsciente a discurso. De los dichos dichos, de los dichos del inconsciente, de ese saber de esa manera especial –como lo llama Freud en “Moisés y el Monoteísmo...” cuando habla del deseo de la muerte del padre–, ese saber sobre el crimen, sobre el dolor y la satisfacción, sobre la falta. Se trata de una posibilidad de que el goce se gaste y se capitalice, ¿qué? Su pérdida. Podríamos definir la experiencia con la sexualidad como otra cosa que un texto divino –ying y yang u hombre y mujer–; en otra dirección que es resultado de los laberintos del lenguaje. Es la articulación de la sexualidad en el campo del lenguaje y de la experiencia con lo que la recubre.

¿Qué es la interpretación? Retomo: en primer término es una orientación, es un saber hacer hablar al analizante. Que se diga convoca a la existencia del sujeto, amenazada no por la existencia en lo real sino por la inexistencia. Por estar fuera de sí, deshabitado de su mundo del lenguaje. Saber hacer hablar, diga, lo escucho. Pongo en primer plano la forma interrogativa como vía para el modo subjuntivo del que se diga. Interrogarse hace al enigma que impulsa el decir. Es factor impulsor en el mismo sentido que lo plantea Freud en “Más allá del Principio del Placer” como diferencia entre lo esperado y lo encontrado. Es la espera de lo nuevo, de lo inesperado. Esa interrogación produce necesidad de discurso que produce un nuevo tramo en el discurso. Va al lugar de lo real porque cada nueva respuesta es una nueva interrogación, una nueva vuelta –el hombre vuelta, leemos en *L’Etourdit* que va naciendo una complejidad, una distancia, un espacio vacío, una nueva versión que gasta el goce y va orientando, ¿qué? A mi entender, una posición respecto de lo femenino que es como defino la sexuación. Esto es si hay quien escuche e interprete en lo que se dice. Quien anude lo real con lo imaginario y lo simbólico a partir de la palabra como acto, de los dichos del inconsciente. Convocar a que se diga para que en el decir de los dichos surjan los significantes del deseo del Otro de los que se va apropiando el sujeto. Cuando los hay. Hay una verdadera subversión que va del saber –de la acumulación de saber– a la producción de significantes, que representan al sujeto para otro signifiante.

La interpretación produce pérdida de goce; capitalizarla es que ese lugar vacío pueda ser factor impulsor. Lugar de causa para que el sujeto se oriente, según esos significantes del deseo del Otro y con los que pueda hacer algo de los que se apropie y lo orienten. Es

otro orden cuando el analista se hace deseo del paciente con su posición.

La segunda cuestión, la transferencia como necesaria puesta en acto de la realidad sexual del inconsciente; en el Seminario Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis, leemos el analista ha de esperar a dar la interpretación –ha de esperar la transferencia–. Las intervenciones anteriores son poner un orden simbólico, sostener la demanda sin responderla; son de otro orden que la interpretación. No es sin que el analista esté como en término del inconsciente, con la transferencia como condición de posibilidad. Esto es a partir de la puesta en acto del inconsciente, que el inconsciente puede convertirse en discurso con la interpretación de esos dichos. ¿Es la interpretación un acto? Los lapsus, los fallidos, actos sintomáticos, acto de término erróneo, sueños, son desde el comienzo en el decir de Freud actos de palabra; actos significantes que ya son interpretación del sujeto. En un psicoanálisis se pone en acto el inconsciente donde como dijimos, el analista forma parte, transforma en discurso. Es ese lazo social tan particular que inventó Freud y que se llama un psicoanálisis, alguien dice a otro que escucha y lee; interpreta ese decir. Un acto en psicoanálisis es momento de decisión que se precipita sin la certeza de un saber, sin el pensamiento. Es andar sin pensamiento –como en el tango–, se pone en acto una decisión que implica al sujeto.

Si los lapsus, las equivocaciones, los sueños y los olvidos son actos de palabra, también es un acto de palabra la interpretación; en el sentido que no es el saber conocido sino leer en el decir. Precipitar una lectura, atravesar un umbral; definición misma de acto. Lectura del acto de palabra que es acto. La misma presencia es acto, el diga que soporta la transferencia. Implica una presencia –la del analista–, franquea un umbral dije; que esa presencia hace posible. Ocupa un lugar que permite el juego, la apuesta por el deseo, que es sexual.

La interpretación es el juego que permite el juego, el saber hacer hablar, el orientar, el interrogarse, el producir pérdida de goce, franquear un umbral. Es acto en el sentido de puesta en acto del inconsciente del sujeto, donde por ese formar parte, por eso mismo puede interpretar.

¿Siempre hay que esperar la transferencia? ¿Y antes? Como decía, las intervenciones establecen un sostén simbólico o sostienen la demanda sin satisfacerla.

Concluyendo: la interpretación es en la transferencia, es acto de palabra y lectura del acto, lee y dice de otra manera que el saber establecido que ignora el inconsciente. Interroga el saber articulando goce y sexualidad. En términos freudianos, leen los pasos que del imperativo pulsional establecen primero el ello y luego ese otro paso que son los avatares o vicisitudes de la pulsión que la postergan, y establecen la realidad psíquica. A ese nivel –nivel del sexo–, es que se produce la lucha contra la muerte. Si el deseo es la interpretación, la interpretación entonces es de la

naturaleza sexual del deseo humano. Lee la posición sexuada.

Me quedan dos cuestiones, las pongo a discutir: si la interrogación era vía para la interpretación en las vueltas dichas donde van surgiendo los significantes del deseo del Otro que orientan, ¿qué sucede cuando el sujeto, el analizante, no tiene esos significantes? ¿Qué sucede cuando esos pasos de los que hablé no se establecieron, cuando esa pérdida de la realidad psíquica no está? ¿Qué sucede en la psicosis, en el plano del decir? El analista, en la interpretación deberá prestar en el decir esos significantes. Su presencia como semblante de objeto lo orientará. Por último, ¿de quién es el decir en un psicoanálisis? Lo pongo a discusión, y con esto termino este tramo de mi intervención.

Norberto Ferreyra: Quiero agradecer al directorio que ha aceptado mi presencia acá – porque me he propuesto–; y es un doble agradecimiento porque estamos trabajando en Convergencia –muchas personas y muchas instituciones– un tema –como se dijo, crucial–, donde hay posiciones diferentes. Quizás no en cuanto a la existencia de la interpretación sino al alcance, al modo de decirlo en el análisis, al modo de poder tener cierto acercamiento conceptual.

Voy a dar un marco general de lo que voy a decir, de lo que pienso acerca del análisis en particular. Considero que nacemos –obviamente, en este mundo significativo–; con esta propiedad que nos hace diferentes como especie que es la de hablar y nos encontramos todos –cada uno de nosotros– por esta misma condición, en un momento con el no saber hacer. Pero no un no saber hacer que tiene que ver con la conciencia obviamente, sino que es una manera de nombrar de otro modo –o de decir–, lo que es el trauma; en relación sobre todo al aprendizaje de *lalangue*, de la lengua. Todos sufrimos este trauma, nos enfrentamos con este no saber hacer, y puede ser al principio obviamente en la crianza; pero esto se puede repetir en distintos momentos de la vida, ya sea por circunstancias externas que lo evocan o por cuestiones que hacen al sujeto mismo. Pero este no saber hacer, ¿qué lugar tiene en un análisis? Tiene lo fundamental en dos vertientes: una que el analista está formado sobre todo por su análisis, por su haberse analizado, en poder saber hacer con su no saber hacer.

Y promueve que aquel que lo consulta como analizante, o se va formando como analizante en el análisis mismo; llega un momento donde inevitablemente, en transferencia, se enfrenta a este no saber hacer y va a procurar de una manera que no se trata de una intención ni de algo volitivo arribar a un saber hacer con.

Es cierto que hablamos con el cuerpo, –quizás tiene que ver con lo que preguntaba Verónica Cohen, en referencia a la cita famosa en *Le Sinthome* de Lacan, se trata por ejemplo en la pulsión 'definida' como los ecos del decir –para mí, del analizante– sobre el cuerpo. ¿Y qué, de la interpretación?

Hay varias maneras de referirse a la interpretación, me voy a referir en términos del significativo pero fundamentalmente teniendo en cuenta dos cosas, que puede haber una relación estricta entre interpretación y acto analítico –si hay una interpretación, algo que es confirmado por el discurso del analizante a posteriori como interpretación, es posible que haya habido acto analítico. Sin embargo, lo que hay seguramente cuando hay acto analítico es el efecto de alguna interpretación aunque no sea la misma que ha sido pronunciada en el momento que el acto se produce; es decir, puede ser que por ejemplo una escansión que el analista hace en el discurso del analizante es efectiva como acto analítico porque hubo alguna vez otra interpretación, o una interpretación.

Alguien viene y me dice: “Me pasó algo en la sesión” –Ah, ¿qué sesión? “En la sesión”. – ¿Qué sesión? Se detiene y dice: “Bueno, lo

que me pasó en la sesión es que hice una cesión; y esto de hacer una cesión, me pone a resguardo de creérmela”.

Esto es muy importante, me parece que tiene un efecto de sujeto en la interpretación, estaba referido a un hacer de esta persona misma como analista, digamos respecto de una situación determinada –por el relato, –y con la anécdota incluida– que esta persona tenía con otro paciente o analizante. Es importante el efecto por la dimensión didáctica que puede tener esto, en tanto el sujeto lo erija como tal. Es decir, es una función terapéutica y didáctica en el sentido que aprehende algo, a saber hacer con, en el acto mismo que él hace este juego; él no hace sólo el juego de palabras por homofonía sino que está propuesto, dicho. Porque evidentemente si me dice lo que pasó en la sesión, yo respondo: ¿Qué sesión? No sabía yo que él había dado algo. El darse cuenta que es por dar algo en la sesión que hizo una cesión, lo lleva a decir esto, lo más importante: “...que pueda hacer una cesión, me impide creérmela”.

Mi idea es que tanto las escansiones en el discurso como los cortes, o los finales de sesión, pueden tener lugar y sirven para que prosiga el análisis en la medida que tiene en cuenta la situación fantasmática o el estado del fantasma en la transferencia. Teniendo en cuenta que el fantasma, es aquello que en relación a la verdad aparece –se muestra; “se ve”– una vez despejado aquello que de verdad hay en la queja. También se puede decir por lo que decía antes, que el *fantario* (lápso de N. Ferreyra), lo tomo esto que he dicho –el fantario es una condensación entre fantasma y comentario–, el fantario es el comentario lógico del trauma. Ya lo puedo poner como una palabra 'nueva'. El *fantario* es el comentario lógico del trauma.

El objeto *a*, la función del objeto *a* es lo que particulariza al sujeto en tanto da lugar a fundar la singularidad del sujeto en relación a su deseo. El deseo es singular dentro de una particularidad que está dada –ya que hablamos así, de la cesión del objeto–, por el objeto *a*.

Lo real es lo mismo para cada uno y para todos. El saber no tiene propietarios, y es lo que en su posibilidad de enunciación da lugar a la interpretación. Este es un problema entre el saber y la interpretación, porque, ¿dónde está el saber? ¿Se trata por ejemplo, de transmitir un saber? El analista, es aquel que está en esa función; el que acepta el ser demandado en esa función, ¿pasa un saber? ¿Se trata de que pase un saber, o que promueva un trabajo analizante con un saber del cual el analizante hace pase, de un lugar a otro?

El efecto de la interpretación va a servir de límite al goce. Pero esto no tiene que tener un tono moralista en lo posible, sino un límite al goce, un goce que el ser hablante por su misma condición tiene. Pero este poner límite no quiere decir restringir –censurar– sino situar aquel que habla en relación a ese goce; situarlo en relación a su determinación. Es ahí donde se produce un cambio de posición respecto del goce, cuando se trata de que alguien en su decir puede reconocer su determinación; o mejor dicho reconoce su decir por la determinación.

Lacan dice: sólo hay hechos, hechos de discurso. Fundar un hecho es establecer una relación con lo real en un análisis, dado por la posición del analista. Es por lo que decía eso del objeto *a*.

Hay otra manera para mí, de entender la interpretación. Lo desarrolla Lacan en las clases de *El Saber del Psicoanalista*, donde refiriéndose a la interpretación concretamente, a lo que él en ese momento está llamando interpretación, dice que es un suplemento significativo. Esto es muy importante, porque no es algo que completa algo sino que es algo que suplementa algo que es dicho; evidentemente esto en Freud funciona, por ejemplo en “La interpretación de los sueños”.

Voy a leer un pequeño ejemplo que es de

hace unos años –está escrito, por eso lo recuerdo–, y es el siguiente: alguien como analizante me contaba un asunto X con el fin de que le fuera comprobado desde mi posición, a través de la certeza que él tenía en mi saber, la existencia o no del amor de su madre por él. Me interrogaba entonces, acerca de si yo compartía cierto saber que era de la madre y él había descubierto en ese momento que la madre no sabía. Cuenta que luego de haber mantenido una discusión con la madre porque él le había mutilado un gato al cortar-le la cola, él dijo apelando a una aparente imposible satisfacción de la madre: “Pero, ¿qué clase de hijo querés que sea?” A lo que la madre respondió: “Que seas como Bonavena”. El boxeador había muerto hacía poco tiempo, y es en ese momento que esta persona –que era un 'paranoico'–, responde: “Querés que sea como Bonavena porque está muerto”. Esta alusión lateral al saber de la madre me ubicaba en posición de poder interpretar entre comillas en relación a una identificación a la madre, pero esto dejaba a quien me decía este relato en una posición imperturbable en cuanto al posible saber de él –ya que el saber lo tenía yo–. Es por ello que orienté la cuestión, diciéndole simplemente si estaba seguro que él mismo no lo sabía. Más aún, que era él –por lo que sabía– que estaba donde estaba. Es decir, que había algo que no podía saberse, y era en la posición de poder saberlo donde yo era reclamado en la transferencia; lo que se trataba es si la madre lo amaba o no lo amaba. Era en este punto en donde era yo a confirmar o no algún saber –para luego ser impugnado, obviamente–. Lo que concluye el analizante, posteriormente es que la madre sí lo amaba, pero muerto –lo cual es muy importante–. Y esto era –y esto es lo más importante–, era algo que ya sabía. Esto es una manera, una intervención de hacer un suplemento significativo; es agregar algo –a veces puede ser una interjección, u otra cosa–, que permite que el otro pueda concluir y apropiarse de cierto saber.

Es importante esto, porque sirve para tener cierta relación a la angustia; esta era una persona bastante perturbada, hasta a veces tenía momentos delirantes, y lo que ocurría en este simple ejemplo, es que me parece que se puede sacar cierto paradigma: que si a uno se lo reclama como un saber –que es obvio que tiene que ser así–, y uno responde desde ahí queriéndolo o no –porque uno se equivoca siempre va a mantener a la madre sin castración; porque él había descubierto esta suerte de castración en la madre –Vos que sabés decime si me amaba o no. Yo no le digo que no sé, no le digo que sé sino una especie de suplemento significativo, digo algo con algunos significantes que estaban en la interrogación de él. No son significantes por fuera de la interrogación de él.

Hay veces que este suplemento significativo se puede hacer hasta con un sonido, con lo que fuera, pienso que esto tiene que ver con los sonidos que uno puede producir sea la voz u otros sonidos que resuenan siempre

en el habitat de *lalangue*. Siempre está en relación a la lengua que uno habla, a la lengua castellana, para el caso. Ustedes habrán visto que el hablar una determinada lengua 'deforma la cara' (*risas*) por la lengua de un modo y nosotros de otro modo, y esto por la lengua, por aprehenderla. Pensaba al principio pero, ¿qué se hace con la boca?

Quiere decir que la lengua 'hace' a la boca. Esto me recuerda un libro de Luís Guzmán que se llama *El Peletero*. En *El Peletero* se hace este 'juego' y dice: Sí, se llamaba Bocconi. Bocconi, no se sabe si se llamaba Bocconi y por eso tenía la boca como la tenía o era porque tenía la boca como la tenía, que tenía el apellido Bocconi. Estas cuestiones hacen al límite y a la intervención del analista.

Roberto Harari (*): Lacan había concebido como factible y legítima la posibilidad de realizar una tipología de la interpretación, aclarando, al mismo tiempo, que era una tarea de la cual no pensaba ocuparse. ¿Sería una forma de sugerirnos, de estimularnos, para que la asumiésemos en su nombre?

Años atrás intenté bocetar esa suerte de tipología, destacando que una referencia cierta –por la insistencia detectable en Lacan, y por las mostraciones de la clínica– era su deducción a partir de las características propias del chiste. Desde luego, y aún cuando, por la similitud compositiva en juego, muchas de las interpretaciones oníricas de Freud lo fueron conduciendo a la cuestión del chiste a partir de cómo muchos analizantes reaccionaban ante sus interpretaciones –riendo, es claro–, esto no supone aseverar que la interpretación debe tener, o buscar, un sesgo necesariamente chistoso.

Por otra parte quizás sea arbitrario, aunque tal vez sirva de orientación a nuestros fines, el hecho de diferenciar –además de la interpretación– al menos cuatro maneras de verbalizar lo que hacemos, o intentamos hacer en la sesión, como un intento de desglose y pormenorización de las diversas incidencias del analista. Son lugares por los que inevitablemente rotamos; algunos pueden ser tomados como obstáculo, aunque ninguno en sí mismo debiera resultar demonizado ni, menos aún, ignorado por medio de una decisión yoica autocomplaciente, estilo alma bella, al modo de “yo eso no lo hago”, porque, cuanto más se lo rechace volitivamente, más se incurrirá en ese proceder de modo nescente.

Entonces, una de esas incidencias, por efecto de la transferencia, y de la consiguiente demanda del analizante, es la posición que llamaremos oráculo. Se trata de respuestas en apariencia buscadas por el analizante, y cuando el psicoanalista echa mano de ellas, abroquela y sustenta una *père-version* deificada, al modo de un dios –¿será oscuro?– capaz de tener respuestas para todo. En especial, para el futuro, para profetizar una suerte de destino “marcado”.

Otra clásica incidencia –Lacan ha sido siempre claro en ese punto, y la reconocemos en

Panel Poesía y Psicoanálisis

Panelistas: Clelia Conde y Analía Sato

Presentación: Stella Maris Nieto

Organiza Secretaría de Intercambios y Jornadas

31 de octubre a las 19 hs

Sede de la Escuela Freudiana de la Argentina

nuestra experiencia, si estamos abiertos- es la de la sugestión. No se la encuentra tan sólo en la prehistoria del psicoanálisis, porque ella, sin requerir el método hipnótico de manera expresa -recordar que no toda vigilia es la de los ojos abiertos...-, aliena al analizante en el ideal valorativo del analista. ¿Por qué? Porque captura a aquél con base en los prejuicios, relativamente organizados, respecto de un valor altamente cuestionable: la dirección hacia el pretendido -y aparentemente indiscutible- bien común moralizante.

Luego, cabe citar el sesgo consagrado y estudiado en profundidad por la escuela psiquiátrica francesa -Lacan lo ha tomado, de modo singular, en su estudio del caso Aimée-: se trata del delirio de interpretación, volcable como autorreferencia paranoide. Esta hizo escuela en el psicoanálisis prelacaniano en la Argentina -al que me gusta llamar "el otro psicoanálisis", el que obviamente perdura, si bien bastante desprestigiado desde hace mucho- mediante el tan remanido 'aquí, ahora y conmigo'. Sí, diga lo que diga, el analizante 'se refiere a mí', a su analista. En épocas de la dominancia de esa concepción bicorporal empirista y fenoménica, hacia mediados de los años sesenta del siglo pasado, se me llegó a decir -con inocultable orgullo- que "eso es psicología concreta". El efecto generado es, a mi entender, el refuerzo paranoide del yo.

Por último incluyo la hermenéutica, criticada con justeza por Lacan, en particular a partir del opúsculo *La máquina hermenéutica*, de M. Tort (1966), donde éste enfrenta, entre otras posturas, la sostenida por P. Ricoeur en su conocido libro sobre Freud. Sin duda, constituye una de las demandas habituales de los analizantes: que les expresemos y les expliquemos nuestras verbalizaciones a los fines de tornarlas comprensibles y, así, asimilarlas. Ya lo planteaba Aristóteles al dar cuenta del proceder respectivo, al que reconocemos también en la epísteme propia de la exégesis bíblica, de la filosofía, de la crítica literaria, de la crítica textual, entre muchas otras disciplinas. Es lo que sucede en la cura analítica al otorgar sentido, a la usanza pedagógica, explicativa, como para "aclarar" los alcances de lo dicho por el analista. Entonces, al imaginarizar lo Simbólico, la hermenéutica muestra ser tributaria y solidaria de la analogía y del simbolismo pretendidamente universales, los cuales basamentan sus remisiones fijistas.

Ingresando por fin en la interpretación, cabe recordar que intérprete, de acuerdo con su etimología, quiere decir mediador. Se plantea, por lo tanto, una cuestión al menos triádica, pues un mediador lo es entre dos partes.

Por lo que cabría preguntarse: ¿Se trata de pasar un sentido de una lengua a otra, mediante nuestro lugar mediador? ¿Se trata -como también sostenía el psicoanálisis prelacaniano en nuestro medio- de ser "traductores"?

Avancé en un libro, a partir de una puntuación de Lacan -simple paronomasia que encierra en sí misma un verdadero efecto de interpretación, a más del manifiesto efecto de enseñanza-, la noción de intraducción del psicoanálisis, y del consiguiente lugar del psicoanalista en tanto intraductor. ¿Cómo caracterizar, cómo nominar el proceder del analista que pone en acto su condición de mediador o intérprete? Respondámoslo en francés: ese proceder radica en la circunstan-

cia de *équivoquer*, 'equivocar'.

Consignaré al respecto una cita del Seminario 23, donde Lacan arguye: "Es únicamente por el equívoco que la interpretación opera". Al decirlo no se aparta del hilo rector de su enseñanza habitual, por cuanto vuelve a realizar una apuesta por la retórica. En efecto, el equívoco es otra figura de la retórica -aunque esta vez no una figura de palabra o de pensamiento, no por ejemplo metáfora o metonimia- por cuanto se trata de una figura de dicción.

En ese Seminario localizamos el caso de psicosis cuya patología es caracterizable como de las "hablas impuestas". A mi modo de ver -y de acuerdo, es claro, con mi práctica, así funciona la interpretación -el acceso al equívoco- para el analista: nada de cálculo previo ni de anticipación al modo de la ciencia positivista; incluso, nada de "aplicación" del psicoanálisis, según sostiene, empero, el psiquiatrizante neo-lacanismo.

Sin plantearlo en esos estrictos términos, en la Conferencia que brinda en Niza en 1976 -mas publicada en 2000- Lacan insiste en el equívoco centrándolo, en tanto modalidad, y en tanto apoyatura, en "rimas y aliteraciones". Es decir: mienta así repeticiones típicas de las mencionadas figuras de dicción, y no ya -tal como lo hiciese hacia los inicios de su enseñanza- dando pie a la primacía de lo Simbólico, con sus consiguientes figuras trópicas.

Ahora bien, equívoco se forma con *aequis*, que quiere decir 'igual', y *vocare*, que significa 'llamar', y tiene que ver con *vox*, 'voz'. O sea: 'igual voz'. Es lo que muchos lingüistas, retóricos, semiólogos, llaman también diología, disemia, o anfibología, entre otras propuestas, y cuyo efecto deriva del aprovechamiento de la fructífera ambigüedad propia de la función poética de la lengua.

¿De qué se trata en el equívoco? De la homonimia y la homofonía: o una misma voz que tiene dos sentidos, o bien palabras que se dicen de la misma forma, y son distintas.

Por otra parte, si traducimos el conocido *l'une-bévue* -del título del Seminario 24 lacaniano- por 'la una-equivocación', podríamos argüir que equívoco equivoca con la una-equivocación. ¿Qué quiere decir esto? Que determinamos un alcance material, según el cual es viable verbalizar la interpretación.

Consideremos otra cita de Lacan, también localizable en una Conferencia en Niza; ésta, de 1974: "El chiste, si tiene un sentido, es porque hace equívoco. Por eso ofrece el modelo de la interpretación analítica justa".

Subrayemos este último término debido a su frecuente aparición en la enseñanza lacaniana.

En efecto, allí donde podríamos esperar, como adjetivación más o menos obvia de la interpretación, vocablos al modo de 'verdadera', 'adecuada', 'correcta', o 'precisa', y similares, Lacan reitera, una y otra vez, la palabra justa. Por cierto, no remite de tal forma a la justicia, sino a lo que denomina equivalencia material. Y ésta no da lugar, entonces, a la divagación asociativa ilimitada, a la metonimia infinita, donde ciframos el goce fálico, lúdico, polisémico, cuando no omnisciente, del analista.

Lo cual se debe a que la equivalencia material ciñe, delimita, no está abierta -no puede estarlo- a todos los sentidos. Ya lo decía así en el Seminario 11 criticando -sin decirlo, pero la referencia es inocultable- a J. Laplanche.

Por otra parte, el equívoco tiene siempre: "[...] una faz de cochinateda (*saloperie*), para llamar las cosas por su nombre."

¿Por qué? Porque se utiliza con asiduidad esta voz también para nombrar -para "llamar las cosas por su nombre"- a personas equívocas. Así, por ejemplo: 'Ese hombre tiene una postura equívoca'. Léase: parece afeminado. O si no: 'Esa mujer es algo equívoca'. Léase: parece una mujer 'fácil'.

O sea que, mediante la utilización del equívoco, acontece una inexorable remitencia al equívoco del sexo. Se capta que no estamos

en presencia de un juego verbal anodino, ni de un divertimento de orden intelectual, como suele decirse -por ignorancia o maledicencia, o por ambas cosas- respecto de Lacan, de su enseñanza, y de quienes nos reconocemos en ella.

En los Seminarios finales, el equívoco es ceñido como la definición misma de la práctica del análisis: "Tenemos necesidad del equívoco -es la definición del análisis- porque, como la palabra lo implica, está de inmediato apuntando hacia el sexo".

Lo cual comporta, de parte del analista el poder lograr oír de través. Mas vale la pena transcribir la cita respectiva en su integridad, vista su riqueza y precisión: "[...] a causa de que tenemos una atención flotante, oímos lo que ha sido dicho debido a una especie de equívoco, es decir, de una equivalencia material. Lo dicho podría ser -nos percatamos porque lo sufrimos-, podría ser oído todo de través. Y es justamente por el oírlo todo de través que le permitimos advertir de dónde emergen sus pensamientos, su semiótica propia. Esto surge de la ek-sistencia de lalangue, que ek-siste en otra parte de lo que él hace ser su mundo".

Porque "sufrimos" como analistas, logramos oír, en los dichos del analizante, otra cosa. Este es el punto donde se requiere, para la intelección precisa de lo referido, la introducción de un rango distinto al de la trasegada escucha del significante, devenida desde hace tiempo, más allá de la puntuación lacaniana, en un cabal cajón de sastre. Pues bien, entiendo que cabe reiterar, en la ocasión, una propuesta avanzada tiempo atrás: se trata, en la cita de Lacan, de un proceder calificable y caracterizable como el del audicionar del analista.

Aclaro una decisión de la traducción de la última cita, atinente al *nous entendons*. Puede ser traducido como comprendemos, sin duda, pero adopto la otra acepción, ya que es la única viable para lo referido: oímos. ¿Que oímos? -*lalangue*.

Ahora bien, se requiere señalar que, en las psicosis, este modo de vérselas con el "de través", con el equívoco, es lo precisamente contraindicado, debido a la sobrecatetización del lenguaje. Para los psicoanalistas el ejemplo tradicional es el de L. Wolfson, aunque también un antecesor ilustre -aunque menos difundido- es J.-P. Brisset. ¿Qué los caracteriza, a nuestros fines? El modo mediante el cual logran extraer y "demostrar", a partir de una palabra-base, toda una serie de palabras que ni se nos ocurren que se encuentran allí presentes, como contenidas en un arcón cuya "tapa" las ocultaría.

¿Cuál sería la premisa para incurrir, de modo sistemático, en ese proceder? Podríamos aseverar que la cuestión radica en tomar todo el lenguaje como compuesto por palabras-valija. La habitualidad no psicótica sostiene la represión primaria; en efecto, si le retiramos a ésta cualquier connotación "meta", de raíz cuasi-metafísica, cuando no especulativa, podremos apreciarla en el acto de habla, en cada acto de habla, al no tomar al lenguaje como una gran palabra-valija. Allí obra -y no "una sola vez en la vida", o "por motivos necesarios a la teoría", o "por entrar en el orden Simbólico", o "por asesinar a la Cosa", y similares contraseñas semánticas exclamativas y filosofantes-, allí obra, allí se

pone en obra, decía, y cada vez, la represión primaria. O sea: cuando hablamos, tratamos de hablar "correctamente", y hablar "correctamente" es no preguntarse cada vez -sin esforzarse para ello, es claro- qué palabra/s se encuentra/n contenida/s en lo que decimos. Sí: no desglosar el habla, no autorreferenciarla, sino procurar darle su alcance -conocemos sus serias limitaciones- para la usualmente fallida "comunicación".

Otra cuestión: ¿qué punta de Real puede ser eventualmente "tocada" por una interpretación? Hace tiempo que vengo postulando -y creo que mostrando- que hay una anticipación lógica -inclusive cronológica- atinente a un Real jugado ante la eficacia del significante. Y ese Real es el objeto a voz.

Lacan inclusive cifra la primera identificación freudiana -donde acaece una in-corporación, y no tan sólo una introyección al trazo-, la cifra, decía, como lo que va dentro del cuerpo, *in-corpore*: hace cuerpo sin asimilarse a lo preexistente. Se trata de lo que antecede a la función del significante; es en ese contexto que apunta a la voz. A partir de lo cual queda en claro- me parece- por qué se trata de R. S. I. (1974) y ya no más de S. I. R. (1953). Ello habilita, por cierto, lo mencionado acerca del equívoco, y el porqué de su hincapié en la interpretación del mismo. O mejor aún: que la interpretación es directamente el equívoco. Por lo mismo, sucede la inexorable redefinición del significante, al tornarlo en ese respecto subsidiario de la voz. Así: "[...] el significante se reduce a lo que es; al equívoco, a una torsión de voz". Y esta otra: "El único interés del significante son los equívocos que pueden surgir de él".

También desde hace un tiempo utilizo la noción que nominé -adoptando como recurso la acuñación de una palabra-valija- *Realenguaje*, vale decir, lo Real del lenguaje. Por cierto, si nos limitásemos a postular el lenguaje en función de sus presuntas legalidades exclusivas, basadas en los funcionalismos de la metáfora y de la metonimia, este planteo resultaría anacrónico, cuando no directamente erróneo, ya que la postulación clásica -de un primer Lacan- asimilaría lenguaje y Simbólico. En cambio, se torna notorio que la introducción del Realenguaje -sin denostar ni excluir de manera maniquea la homologación previa- la juzga insuficiente para dar cuenta de los acaeceres de la clínica; por supuesto, y en primer término, no permite acceder de modo congruente, y más o menos sistemático, al audicionar, sino que da con éste al modo casual, empirista e intuitivo. Se trata de maneras de interpretar donde juega un rol prevalente -no exclusivo- lo sonoro. En efecto, es en lo que Lacan insiste en los Seminarios, conferencias, ponencias, finales.

Veamos un ejemplo sin palabras -aparentemente-: ante una recurrente letanía sonorizada de modo imperceptible por el analizante, el analista mimetiza tan sólo -¿tan sólo?- dicha letanía. El efecto no es de sorpresa -la cual no deja de brindar un goce lúdico, rayano con el *paleo-insight* del otro psicoanálisis-, sino de un momentáneo cese del atrapamiento simbólico, ya que genera desconcierto, anonadamiento, quizás un benéfico estupor, transitorio y reversible, donde se suspende las más neurotizantes de las certezas: las del 'yo sé', las del 'yo com-

La Mosca

Boletín de la Biblioteca Oscar Masotta
de la Escuela Freudiana de la Argentina

Consiga los números anteriores
a través del

Website de Vivilibros
<http://www.vivilibros.com>
e-mail: info@vivilibros.com

Jornadas del Cartel

5 y 6 de diciembre

Sede de la
Escuela Freudiana de la Argentina

prendo', las del 'ya entendí'.
¿Qué implica, por lo tanto, el efectivizar una incidencia de esa naturaleza?
Si bien casi de inmediato se abrochará un sentido, el irlo horadando en su condición amurallada contribuye a la circunstancia de que éste habrá de situarse en lo caracterizable por Lacan como lo Real de un efecto de sentido. Por eso el ceñimiento material en cuestión –al que venimos tematizando desde el inicio– define otras funciones del analista: no se trata ya únicamente la del corte, sino del corte, de la sutura, y del empalme enrollado. Entiendo en tales términos la referencia de Lacan en orden a “[...] elevar el psicoanálisis a la dignidad de la cirugía”. Donde, por cierto, los hilos no son sino palabreríos. Consideremos su contexto, entonces. Lacan, en su nueva definición de la pulsión, asevera que: “[...] es el eco en el cuerpo del hecho de que hay un decir”. El decir inicial, por ende, proviene del Otro. El eco, resto vocero, apunta a las marcas primordiales, a lo anidado en lalanguaje, cuya misma nominación porta la figura de dicción repetitiva a partir del efecto de lalación. Sí, por cuanto en esa palabra una sílaba genera como consecuencia su eco en la siguiente.
Por otro lado el eco, para ser tal, requiere de un corte frente a una catarata invasiva de sonidos cuyos límites serían muy difíciles de poder precisar. Pero, por otra parte, para que tenga lugar el eco un mínimo corte ha de haber sucedido; de no ser así, no sería detectable como tal. Entonces, en ese corte, podemos localizar además el origen del tiempo vivencial, sin metafísica kantiana, sin a priori de tipo categorial: el intervalo donde puede tener lugar el eco marca la escansión propia de la sucesividad. Por eso, no hay tiempo sin lenguaje; pero lenguaje no para nombrarlo, sino como condición inexorable para su gestación.
Ahora bien, para que tenga lugar el eco, alguna zona erógena debe ser proclive a ello. Es la que no se cierra, la que precisamente no posee la clásica alternancia presencia-ausencia, como figura en la conocida cita del Seminario 11: el oído. Por eso la masa sónica penetra absolutamente; como decíamos, esta circunstancia antecede lógicamente al significante en tanto horadante de lo Real. Dicho de otra forma: si no se gesta un punto sordo (*Vivès*) no tiene lugar el sujeto que habla sin saber muy bien lo que dice.
O sea: tan sólo mediante la consolidación de un punto sordo –dejando de oír todo–, se puede tener acceso al sujeto de lo inconsciente. Es lo que falla en las psicosis, como adelantásemos; por eso, la alucinación –siempre verbal, aunque no sea auditiva– señala dicho fracaso.
El equívoco, en suma, intenta otorgarle a la interpretación una especificidad propia del acaecer en el análisis, a diferencia de otras de las incidencias que también suceden, y a las que cabe otorgarles su estatuto diferencial. Desde dicha perspectiva, la voz es el a del cual cadaquien intenta desembarazarse hablando. Siempre procuramos decir algo sin llegar a hacerlo, pero no sólo en orden al goce fálico palabrero, sino en cuanto a desembarazarnos de esa identificación inicial, donde se ciñe la pulsión cuya nominación, a la luz de lo expuesto, debería dejar de ser invocante para ser llamada fonante. Vocablo que introduce la singularidad del goce correspondiente: goce fónico, en modo alguno masoquista.
Por último: la identificación en cuestión no es reflexiva –identificar-se–, sino pasivizante –ser identificado con (a diferenciar de cualquier hipotética feminización). Identificación no con objetos –es previa a toda carga de objeto, recuerda Freud– ni con trazos, sino con sonidos, con la aludida “semiótica propia” lalanguajera de cadaquien. Finalizo, entonces, consignando las mentadas.

(*): (Nota del autor, agosto 2008)
Quiero agradecer muy especialmente a

la Escuela Freudiana de la Argentina la invitación para participar en esta actividad –concretada por N. Ferreyra–, así como la deferencia para aceptar mi propuesta acerca de que mi participación en este número de *La Mosca* adoptase la forma de un breve escrito a partir de la desgrabación de mi ponencia de noviembre de 2007. Es ese texto, que sigue prácticamente todos y cada uno de los desarrollos volcados en la mesa respectiva, lo que puede leerse a continuación.

OTRAS INCIDENCIAS DEL ANALISTA ORÁCULO

•Abroquela y sustenta la *père-version* deificada

SUGESTIÓN

•Aliena al analizante en el ideal valorativo del analista

AUTORREFERENCIA

•Brinda refuerzo paranoide al yo PARANOIDE HERMENÉUTICA

•Imaginariza lo Simbólico

Eva Lerner: Agradezco a Norberto Ferreyra esta invitación que me honra, por compartir el panel con tan apreciados colegas y amigos.

Decidí obviar todas las definiciones de Interpretación, Intervención y Acto para, en cambio, pasar a poner en tensión estas cuestiones, obviamente la tensión que abrevando en mi praxis son mis consideraciones y espero que el debate abra a otras.

Ante todo señalo que todo hablante “interpreta”, en sentido amplio, para rellenar algún agujero en el saber. El argumento del fantasma es ya de algún modo una interpretación. No es negocio para un analizante, darse cuenta que después de años invertidos en un análisis compró otro fantasma, ajeno a él: el de su analista, respecto a la teoría psicoanalítica como teoría sexual o como fantasma. Y no me estoy refiriendo sólo a lo grosero de la comprensión sino también a lo contrario, a la ejecución religiosa de la teoría psicoanalítica en tanto sabemos que no hay relación sexual entre clínica y teoría. Es por eso que no sabemos a qué apelaremos en cada cura. Ayer un amigo citaba la película “Leaving Las Vegas” donde una prostituta relataba cómo se había enriquecido tanto, su éxito se debía a que sabía descubrir en cada oportunidad de qué fantasía se trataba para cada hombre.

En segundo lugar quiero señalar otro perjuicio posible de la interpretación. Si todo resulta interpretable, así sea en los comienzos de la cura, se va inscribiendo una promesa, un ideal de todo-sentido- a todo y todo- saber- de la –causa que es mentiroso. Propone una expectativa de que de lo no sabido advendrá finalmente el saber.

Como resultado de esto hay analistas que han resuelto obviar la interpretación y sólo cortar la sesión, no es lo que propongo. La propuesta es incluir en lo *apofántico* de la interpretación un margen de poiesis que avise de un límite mientras ese límite mismo se intenta franquear.

Pero propongo que no sabemos a priori si será interpretación, intervención, corte, construcción de una ficción verosímil o simplemente un tiempo en que parezca un diálogo y mucho menos, si habrá tenido valor de acto. Tendrá carácter de interpretación la posibilidad de hacer oír algo de la demanda de la que el sujeto fue hecho. Porque si el análisis propicia- que es lo que pienso- la puesta al día de una demora respecto a algo que no logró decirse y de algo que no logró hacerse, aún. Y si se trata de los avatares de la palabra no pronunciada y del acto retenido en el tiempo, entonces la interpretación no puede ser sólo lectora de la metáfora y la metonimia discursiva y productora de un nuevo sentido. No puede obviar las condiciones que son resistentes a entrar al discurso o bien que no cuentan con los medios para hacerlo y se refieren al objeto *a*.

En este camino a veces se requiere la construcción de una ficción verosímil para enlazar la punta de objeto- que se muestra apenas- para luego en el acto mismo agujerearlo, y a veces así darle forma al objeto desde el semblante, pero no se puede calcular, ni uno lo está pensando que lo está haciendo; se puede decir a posteriori. El análisis propicia así, un acto que será también del sujeto, no digo del yo, es el acto rectificador del efecto sujeto que había sido retenido en favor del objeto *a*.

Ahora bien: si es el objeto *a* el que está en juego, ¿dónde está localizado? ¿O bien dónde y cómo abordarlo? Lacan permite malentender en francés *jeu en jeu*.

En juego y en el yo. Del saber lo que más nos interesa es lo que el saber produce y esto es el objeto *a* en tanto es la causa del deseo, es decir, la causa de su división. Por lo que decimos que el ser que cree ser, es desde el origen falta.

Esta es la paradoja del acto analítico que se presenta como incitación al saber para desmascarar luego que la verdad del sujeto está del lado de su división y lo que el saber produce es el objeto *a*. Es como intervención sobre el sujeto de eso que se articula como saber que intervenimos con una interpretación, pero debe aún articularse como la verdad del sujeto, su verdad está del lado del deseo y de su división, para luego abordar la última punta de real hasta lo no abordable, o lo irremediamente real.

El psicoanalista por esa incitación al saber imana el lugar donde el saber se conjuga y que no existe. Debe por ello representar la evacuación del objeto *a*, en esa incitación al saber que lleva a la verdad. Lo que nos interesa del saber, es lo que el saber produce y esto es el objeto *a* en tanto es la causa del deseo, la causa de su división.

El *acting-out* que no sólo lo entiendo como respuesta a la interpretación o como transferencia sin análisis, es una demostración de algo que se muestra porque por alguna razón no puede decirse. Es una postración de lo resistente a entrar en discurso y de lo que el analista debe hacer discurso, por lo tanto escritura, eso se escribe, lo escribe el analista. Muchas veces también, algo visto u oído sin haber sido relatado es conservado en la memoria de la repetición y legible hoy en las acciones del yo.

La interpretación no recubre los modos de intervenir sobre el objeto. Es por eso que las intervenciones de un analista en la rotación de los discursos que se da en una cura parten de los tres registros y se dirigen hacia los tres registros pero no se calculan. Quién anticipa el corte y el empalme para “el buen enlace” se miente y miente o analiza por fuera de la transferencia. Si está implicado como analista en la transferencia sólo puede decir *après coup* qué es lo que hizo porque mientras está analizando está recepcionando al objeto en el semblante, para darle alguna forma en su persona, vaciada todo lo posible de su propia subjetividad. “Sólo Dios puede estar absolutamente vacío” diría George Steiner, pero lo más posible. Creo que ésta es la dificultad

del lacanismo hoy: dar cuenta de cómo operar con el objeto desde el semblante y es el debate que nos debemos.

Si el análisis no es una experiencia mística, inenarrable, debe ser comunicable, es por lo que estamos acá y si sólo tiene valor de acto aquello que el analista hizo en cada cura desde el desapego de su propia existencia y desistiendo de que su propia existencia tenga alguna vigencia en la cura que conduce, podemos intentar relatarlo. Pero el acto del analista es, en parte incomunicable y, en parte cómico o ridículo tanto si lo relata el psicoanalizante como el psicoanalista y las más de las veces es olvidado por ambos, más aún si el analista en vez de preocupado por sus clases tiene metido su cuerpo en las transferencias.

Entiendo esto como estar a la altura del objeto que nos toca jugar en la transferencia y es lo más difícil.

Lo propio de la castración es que nada puede enunciarla, porque su causa está ausente. Es el objeto a el que está en el lugar de la castración, sustituyendo la falla del sujeto. El psicoanalista incita al encuentro de un Sujeto supuesto Saber y al término de la operación del análisis va a representar él mismo la evacuación del objeto *a*. En esta incitación al saber que lleva a la verdad y que representa su hiancia, elige devenir él mismo, ficción rechazada.

Es la terminación del análisis la que determina retroactivamente el sentido de todo el análisis que es la causa final, aunque el fin tenga la menor utilidad y ahí se podría resumir un análisis en una sola jugada que si hubo acto habrá sido ese. El objeto se fue gastando, el goce transmutando, pero la estocada del acto fue, tal vez, con suerte, cuando ocurre, sólo una.

¿El analista sabe o no lo que hace, en el acto psicoanalítico?

El psicoanalista encarna la producción de la transferencia pero todo lo que es de la transferencia no es repetición: sólo la historia se ordena por la repetición, y no es poco, ya que muchos lacanianos estuvimos olvidándonos de la filiación y de la genealogía del síntoma, pero todo lo que es de la transferencia no es repetición, es una experiencia nueva que da una chance nueva al sujeto: dejar de ser un todo con el objeto *a*.

La presencia del analista, esa que toma en sí mismo la perforación del *a*, es ininterpretable, es por lo cuál interpretar es abrir la puerta al *acting-out*, al nudo de goce articulado. Al origen de todo saber está articulado un nudo de goce y ese nudo de goce es resistente a ser dicho. Es el analista el que si está en su lugar, entrará en la escena trágica y eso es lo que da su sentido al acto psicoanalítico ya que termina tomando el lugar de chivo emisario, que toma sobre sí el objeto y cuyo efecto habrá sido que un análisis quede terminado. A mi entender, este es el tiempo de nuestra dificultad.

